

EUGENIO CORTI

CATÓN EL VIEJO

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2008

Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.



Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Traducción de Fidel Argudo Sánchez
sobre el original italiano *Catone l'Antico*

© 2005 Edizioni Ares
Via Stradivari, 7 - 20131 Milano / Italia
© Ediciones Sígueme S.A.U., 2008
C/ García Tejado, 23-27 - 37007 Salamanca / España
Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563
e-mail: ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1678-2
Depósito legal: S. 540-2008
Impreso en España / Unión Europea
Imprime: Gráficas Varona S.A.
Polígono El Montalvo, Salamanca 2008

EPISODIO PRIMERO

ESCENA 1

Año 216 a.C., en Sabina. Marco Porcio Catón, a sus diecisiete años, está labrando en su pequeña finca. Tiene los cabellos de un color rojo intenso, ojos garzos, voz fuerte y ruda. Con él trabaja un anciano labriego de nombre Publio Gneo, arrendatario de una finca vecina y de una cabaña que antaño fueron propiedad del famoso cónsul romano Manio Curio Dentado. La cabaña puede verse un poco apartada del haza que están arando los dos.

Tira del arado una yunta de bueyes blancos, disparejos entre sí, perteneciente el uno a Catón y el otro a Gneo. Catón guía los animales, Gneo va a la manquera del arado, un esclavo de Catón de nombre Siluco va detrás con la azada y corrige, cuando se producen, los defectos del surco. De cuando en cuando los dos hombres libres intercambian algunas frases.

CATÓN: «Gneo, hace mucho tiempo que no tienes noticias de tus hijos, ¿eh?».

GNEO: «Hace bastante tiempo, sí».

CATÓN: «Son legionarios los dos, ¿verdad?».

GNEO: «Sí. El mayor es centurión triario, como era yo. Se encuentra en Hispania, lejos. El otro, el más joven...».

CATÓN: «Lucio».

GNEO: «Eso es. Está en Apulia, con el cónsul Lucio Emilio Paulo, para vigilar sin hacer nada a Aníbal, que se ríe de nosotros».

Las últimas palabras no tienen el acierto de agradar al joven Catón que, dada la mayor edad de Gneo, no se permite contradecirle.

La labor avanza a ritmo lento, solemne a pleno sol; los tres hombres aparecen muy sudados, la cámara los sigue en distintos planos.

A mediodía llega al haza la cortijera de Catón, una anciana esclava que trae comida para los labradores en unas cazuelas de barro.

CATÓN para los bueyes: «Es ya mediodía... Hora de comer».

Ayudado por los otros, desunce los bueyes del arado y los lleva emparejados a la orilla del haza, a la sombra de una encina.

CATÓN: «Es un buen animal tu buey, más fuerte que el mío».

GNEO asiente: «Sí, Marco», y cambiando de conversación: «Veo que has mandado traer comida para todos».

CATÓN: «Cierto. Me toca a mí, puesto que el haza es mía».

GNEO: «De acuerdo. Pero como mi casa está aquí, a pocos pasos, bien podemos nosotros dos llevarnos allí las cosas. Al menos, no comeremos de pie o sentados en el suelo».

CATÓN: «Sí, con mucho gusto».

Reparte la comida y, dejando una parte a su esclavo, que se queda de guardián de los bueyes (la cortijera, una vez entregadas las tarteras, se ha ido ya), se encamina con Gneo hacia la cabaña que perteneció a Curio Dentado.

(No nos es posible por ahora detenernos en las figuras de los esclavos. Lo haremos no tardando mucho, aunque recordando en este momento que, forzados a permanecer en su condición por la violencia del sistema, representaban una gran parte de los seres humanos de aquel entonces).

ESCENA 2

Llevando su comida, Catón y Gneo entran en la cabaña. De cerca resulta muy modesta; no hay nadie ni dentro ni fuera de ella.

GNEO señala en derredor: «Lo sabes, ¿no? Hace cincuenta años ésta era la casa del cónsul Manio»¹.

CATÓN: «Sí, lo sé. Conozco bien su historia. A Manio lo he considerado siempre un gran ejemplo para mí».

GNEO: «Bien puedes decirlo. Un gran ejemplo. Para ti y para todos los verdaderos romanos. Quiero decir que no para los blandengues de hoy en día». Pausa. «¿Cuántos años tienes, Marco?».

CATÓN: «Diecisiete».

GNEO: «Estás demostrando ser un mozo de cuerpo entero. Además, lo saben todos, le sacas un buen rendimiento a la finquita que te ha dejado tu padre».

1. Manio Curio Dentato había muerto en 270 a.C.; por tanto, 54 años atrás.

CATÓN: «Es que me gusta trabajar en el campo, me apasiona».

GNEO: «Ya lo veo».

Charlando, han ido los dos a dejar los pocos cacharros con la comida sobre una mesita baja.

CATÓN: «Pero debo decirte una cosa: en la misma medida que el trabajo del campo, me apasiona... la historia».

GNEO, un tanto sorprendido: «¿La historia?».

CATÓN: «Sí, nuestra historia».

GNEO: «¿Quieres decir la historia de Roma?».

CATÓN asiente: «Sí».

GNEO: «Si es así, fíjate bien alrededor. En esta cabaña ha vivido uno que fue cónsul cuatro veces».

CATÓN: «Sí. Y también censor una vez, y triunfó en tres ocasiones: sobre los samnitas, sobre los sabinos y sobre Pirro». Asiente con emoción.

GNEO: «Y no era rico como ciertos cónsules de hoy día. Su única fuente de ingresos era esta pequeña finca. Era tan pobre que el Senado tuvo que pagar la dote de sus dos hijas. ¿Lo sabías?».

CATÓN: «Lo sé todo». Continúa asintiendo y luego pregunta: «Tu padre combatió como centurión a las órdenes de Manio, ¿no es verdad?».

GNEO: «Sí, al final era centurión. Y Manio lo apreciaba mucho. Por eso, al no tener hijos varones, en sus últimos años le dio a renta esta finca. Después mi padre me la dejó a mí, siempre a renta».

Pausa. Gneo parece un poco emocionado.

GNEO: «Marco, ¿ves aquel hogar?». Señala un hogar muy rústico, con las piedras algo despegadas y ahumadas: «Ahí mismo estaba Manio asando unos nabos cuando entraron aquí los mensajeros samnitas. Al verlo en aquella situación y a su mujer cocinando el pan sin ayuda de nadie, intentaron corromperlo ofreciéndole oro, mucho oro; pero él los echó a la calle»².

CATÓN: «Esto también lo sé, Gneo».

GNEO: «¡Bah! Eran otros tiempos. Hoy día los romanos son unos blandos».

Catón mueve por un instante la cabeza con fastidio; pero, por respeto, no replica.

2. Plutarco, *Vida de Catón el Viejo*, 2.

Gneo, entretanto, ha sacado de un hueco en la pared un salero de barro y va a ponerlo delante de una hornacina de poco más de un palmo de alto, en la que hay dos estatuillas de terracota, miserables y toscas, que personifican a los Lares de la casa. Catón se pone entonces a su espalda.

Gneo ofrece la sal a la divinidad doméstica echando una pizca al aire mientras recita a media voz una plegaria.

CATÓN: «Así sea».

Después se sientan los dos a la rústica mesita en la que habían depositado las cazuelas con la comida, y comienzan a comer.

GNEO retoma la conversación interrumpida: «Es así, Marco. Hoy día los romanos carecen de nervio».

Catón esta vez no disimula su desacuerdo.

Entonces GNEO, con sus maneras campesinas, lo apremia: «Pero ¿no ves lo que está pasando? Hace dos años que Aníbal campa completamente a sus anchas como dueño y señor. Primero, cuando apenas había llegado a Italia, los nuestros intentaron pararlo en el río Tesino³, pero le dejaron escapar. Después intentaron pararlo en el río Trebia, pero otra vez le dejaron escapar. El año pasado, a orillas del lago Trasimeno –que realmente no está a mucha distancia de aquí– Aníbal nos la jugó todavía más a lo grande. ¿Cuándo se ha visto algo parecido? El hecho es que los legionarios no combaten ya con el empuje de antaño, ni tampoco los oficiales. ¡Es increíble!».

CATÓN: «En el Trasimeno, por lo que se oye decir, cayeron hasta quince mil de los nuestros, y con ellos cayó también el cónsul Flaminio tras haber luchado, como ellos, cuerpo a cuerpo».

GNEO mueve la cabeza: «Sí, pero ya no es como antes. Trata de pensar cómo nos fue precisamente a orillas del lago Trasimeno, cuando... permíteme contarlo... ¡Bah! En tiempos de mi abuelo, cuando los galos bajaron como un alud y arrollaron a los nuestros por sorpresa, y habiendo matado al cónsul, y luego habiendo matado también a nuestros embajadores... ¿Sabes tú estas cosas?».

CATÓN: «Sí».

GNEO: «Ahí tienes. Manio y sus legionarios, aquellos de antaño –entre ellos mi abuelo, que allí se dejó la vida– los pararon, los desbarataron y los repelieron hacia su territorio, hasta bien al norte».

3. Ticino en italiano, Tessin en alemán y en francés. De ahí, en castellano, Ticino/Tesino (N. del T.).

CATÓN: «Sí, cerca de Rímíni».

GNEO: «¡Ah! Veo que sabes también esto. ¡Bah! Así combatían entonces los romanos».

CATÓN: «¿Tu abuelo murió combatiendo a las órdenes de Manio? Gneo, esto no lo sabía yo. Desde luego, sois una familia de verdaderos soldados».

GNEO: «¿Ves en esa pared ese trofeo galo? No es de Manio, pertenecía a mi abuelo. Aquellos sí que eran hombres: si había que morir, morían; pero, mientras les quedaba vida, no permitían que los enemigos dieran ni un paso para llevarse a nuestras mujeres y saquearlo todo».

De nuevo Catón se contiene para no replicar. Así que GNEO prosigue: «En cambio, hoy día Aníbal saquea desde hace dos años todo lo que se le antoja y depreda lo que le da la gana, mientras nuestro ejército va detrás de él ‘pasito a pasito’ y se limita a ‘vigilarlo’»⁴.

CATÓN: «Gneo, ¿puedo decirte que me pareces demasiado... severo? Y, sea como fuere, al menos de un cierto tiempo para acá las cosas han cambiado. Después de la batalla de Trasimeno, quiero decir. Tú sabes que en Roma han promulgado unas estrictas leyes contra el lujo y contra... lo demás. La gente dice que así se han restablecido las buenas costumbres de antaño».

GNEO, poco convencido: «Esperémoslo, muchacho».

CATÓN: «Y luego... No, ahora, déjame decirlo, realmente las cosas han cambiado. Ahí está el nuevo ejército, comandado por los dos nuevos cónsules. Parecía imposible que se llegara a reclutar, todos lo dudaban. Ha costado un esfuerzo enorme, pero los nuestros han logrado hacerlo y ahora nuestros soldados son el doble que los de Aníbal, todos lo dicen: ocho legiones, nunca ha tenido Roma tantos hombres movilizados. Y sabes también que están decididos a hacérselo pagar caro a los cartagineses, muy caro».

GNEO constantemente desapruueba moviendo la cabeza; finalmente: «Bueno, esperemos. Pero ahora pensemos en comer, porque no tenemos tiempo que perder». Al cabo de unos instantes: «Queda entendido que, si hoy acabamos el trabajo, mañana por la mañana vienes aquí con tu buey para ayudarme a labrar mi haza».

CATÓN: «Desde luego. Queda acordado».

4. Alude a la táctica de Quinto Fabio Máximo *Cunctator*, «el Contemporizador» (N. del T.).

ESCENA 3

Poco después salen ambos de la casa y reanudan el trabajo. La cámara vuelve a seguirlos a ellos y a los bueyes. Al fondo del haza hay un camino carretero, poco visible por culpa de unas hileras de árboles y la configuración del terreno. En él, según se les van acercando, los labradores ven a dos campesinos de mediana edad que caminan aprisa. Uno de ellos, al llegar a donde alcanza la voz, grita:

CAMPESINO PRIMERO: «¡Gneo! ¡Marco! ¿Sabéis qué ha pasado?».

CAMPESINO SEGUNDO: «¿No os habéis enterado?».

CATÓN, dudando, a Gneo: «¿Qué dicen esos dos?». Para los bueyes. Les grita a los dos: «¿Qué estáis diciendo?».

CAMPESINO PRIMERO: «Vete enseguida al pueblo, Marco. Ve a oírlo».

CATÓN: «¿A oír qué?». Volviéndose a Gneo: «No me entero. Espera un momento».

Hace señas al esclavo Siluco para que ocupe su puesto junto a los bueyes y se encamina hacia los dos. Gneo lo sigue.

CAMPESINO PRIMERO, parándose: «En el pueblo corre el rumor de que ha habido un tremendo desastre. Una grandísima batalla y... han vencido ellos».

CATÓN, sin salir del haza: «¿Que han vencido ellos?».

CAMPESINO PRIMERO: «Sí. Eso dice la gente, que está espantada».

CAMPESINO SEGUNDO, deteniéndose también: «Temen que Aníbal llegue hoy aquí y que pase por las armas o se lleve como esclavos a cuantos quiera».

GNEO: «Pero ¿quién dice semejantes cosas?».

CAMPESINO PRIMERO: «La gente, todos... Dicen que la noticia ha llegado a Roma y... Ve a oírlo tú mismo. Id también vosotros».

GNEO: «¿Sabéis cuáles son las legiones... implicadas?».

El primer campesino niega con la cabeza.

CAMPESINO SEGUNDO: «¿Cómo vamos a saberlo?».

CATÓN: «¿Dónde ha tenido lugar la batalla?».

Mueven ambos la cabeza.

CAMPESINO PRIMERO: «Bueno. Os saludo. Que los dioses de Roma os protejan».

CAMPESINO SEGUNDO: «Que ellos os protejan».

Los dos campesinos reanudan su camino.

ESCENA 4

Catón y Gneo vuelven al arado. Sin embargo, antes de llegar, Gneo se para dubitativo.

CATÓN: «Gneo, piensas en tu hijo Lucio, ¿verdad?».

GNEO asiente muy serio, después vuelve a ponerse en movimiento: «Nosotros, en todo caso, no debemos abandonar el trabajo». Y como hablando para sus adentros: «Marco, escasea el pan y, a partir de hoy, me temo que escaseará todavía más. Si abandonamos el trabajo, dejaremos de cumplir con nuestro deber: en una pequeñez, pero así es».

CATÓN, mientras lo sigue en silencio, piensa: «Gneo, me estás enseñando a ir por la vida...».

Sin más palabras, llegan los dos al arado, a cuyo lado está esperando el esclavo.

CATÓN: «Pero, oye, también podemos hacer una cosa. Si me dejas aquí tu buey, yo con Siluco puedo seguir arando mientras tú vas corriendo hasta el pueblo en busca de noticias».

GNEO, desconcertado: «¿Qué noticias puedo encontrar en el pueblo, entre los lugareños? Sólo rumores y quizás patrañas».

CATÓN, perplejo: «Sí, pero...». Súbitamente: «¡Un momento! ¡La casa de los Flaco! Son una familia de senadores, por tanto... Además, Lucio Valerio antes de su marcha...». Pausa. «Actualmente Lucio Valerio se encuentra también con las legiones en Apulia, ¿no es cierto?».

GNEO: «Sí. Está allí como legado del Senado, adjunto a uno de los cónsules».

CATÓN reflexiona un rato, luego: «Escucha, si tú estás dispuesto a continuar la labor con mi esclavo, yo me acerco corriendo a casa de los Flaco. Su villa está aquí al lado, y Lucio Valerio hace pocos meses, antes de su marcha, cuando estábamos en el pueblo celebrando las fiestas Compitales, me aseguró que... En resumen, como se había enterado por otros labradores de mi afición al trabajo, me demostró una buena actitud. Por él, aunque vaya yo en ropa de trabajo, no creo que su viejo, el senador impedido, me reciba con malos modos».

GNEO: «Marco, si quieres probar, prueba. Yo continuaré con el trabajo».

ÍNDICE GENERAL

EPISODIO PRIMERO. Año 216 a.C., Catón, a sus diecisiete años, en Sabina. Noticia de la derrota de Cannas	7
CUASIEPISODIO SEGUNDO. Medallón: Aníbal 1. De los inicios a Cannas	19
EPISODIO TERCERO. Combate de Catón, «miles ordinarius», con saqueadores cartagineses	33
EPISODIO CUARTO. Año 212, combate de Catón, centurión, con jinetes númeridas	41
EPISODIO QUINTO. Año 211, Catón inicia el estudio del derecho, su primera causa en el tribunal de su pueblo. Contaminatio: Historia sintética de Roma	51
EPISODIO SEXTO. Año 207, batalla del Metauro	63
EPISODIO SÉPTIMO. Año 204, Catón pretor electo. Contaminatio: Las magistraturas en Roma: patricios, plebeyos, nobles	81
EPISODIO OCTAVO. Año 203, la agricultura cartaginesa en Sicilia. Matrimonio de Catón con Licinia. Aníbal abandona Italia ..	89
EPISODIO NOVENO. Año 199, Catón edil. Espectáculo teatral	97
EPISODIO DÉCIMO. Año 198, Catón pretor en Cerdeña, expulsión de los usureros	103
EPISODIO UNDÉCIMO. Año 195, Catón cónsul electo	115
EPISODIO DUODÉCIMO. Catón cónsul en Hispania	127
EPISODIO DECIMOTERCERO. Catón cónsul en Hispania	139
EPISODIO DECIMOCUARTO. Catón cónsul en Hispania	155

EPISODIO DECIMOQUINTO. Año 194, triunfo de Catón, regreso a Sabina. Contaminatio: Roma y los reinos helenísticos. En el 192 nace su hijo Marco	167
EPISODIO DECIMOSEXTO. Año 191, Catón y Flaco en las Termópilas. Contaminatio: Relaciones entre Roma y Grecia	177
EPISODIO DECIMOSÉPTIMO. Año 189, Catón de nuevo en Grecia, en Ambracia. Discusiones en el círculo de Nobilior	193
EPISODIO DECIMOCTAVO. Discurso de Catón en Atenas	209
EPISODIO DECIMONOVENO. Catón, en Roma, medita el ataque a los Escipiones	217
EPISODIO VIGÉSIMO. Años 187 y 186, procesos contra los Escipiones	223
EPISODIO VIGESIMOPRIMERO. Escándalo de las Bacanales. Marco aprende a nadar en el Tíber	231
EPISODIO VIGESIMOSEGUNDO. Año 184, Catón y Flaco censores ..	239
EPISODIO VIGESIMOTERCERO. Edificación de la basílica Porcia. En el 183 muere Escipión Africano, reflexiones de Flaco ..	249
CUASIEPISODIO VIGESIMOCUARTO. Medallón: Aníbal 2. De Cannas a la muerte	257
CUASIEPISODIO VIGESIMOQUINTO. Medallón: Escipión Africano ..	269
EPISODIO VIGESIMOSEXTO. Año 180, Flaco, en trance de muerte por la peste, insta a Catón y Emilio Paulo a que se alíen	277
EPISODIO VIGESIMOSÉPTIMO. Un salto de diez años: la sementera en Sabina. Llega Lucio Emilio Paulo	283
EPISODIO VIGESIMOCTAVO. Año 186, Marco en Macedonia con Lucio Emilio Paulo en la batalla de Pidna	291
EPISODIO VIGESIMONOVENO. Marco y Publio en travesía hacia Roma. Los piratas ilirios	301
EPISODIO TRIGÉSIMO. Año 167, triunfo de Lucio Emilio Paulo. Marco encuentra a Tercia	313
EPISODIO TRIGESIMOPRIMERO. Marco, Publio y Tercia, de caza en Val Nerina	325

EPISODIO TRIGESIMOSEGUNDO. La vendimia en Sabina, matrimonio de Marco y Tercia. Contaminatio: Expulsión de los rétores y de los filósofos griegos de Roma	337
EPISODIO TRIGESIMOTERCERO. Año 155, muerte de Licinia. Obras literarias de Catón	345
EPISODIO TRIGESIMOCUARTO. El viejo Catón y la esclava Lidia. Catón, casi octogenario, se casa con Salonia: nacimiento de Marco Saloniano. En el 152 muere Marco Liciniano	353
EPISODIO TRIGESIMOQUINTO. Año 149, declaración de la tercera guerra púnica. Contaminatio: Incompatibilidad entre Roma y Cartago, las grandes sociedades humanas en la Historia, una ojeada hacia el futuro	363
EPISODIO TRIGESIMOSEXTO. Aún en el año 149, el proceso a Galba. Muerte de Catón	371
<i>Fuentes</i>	379